

Noé vivía con su padre y seis gatos a la orilla del mar.
Era verano y Noé iba a quedarse unos días con su abuela.



La casa de la abuela estaba muy lejos.

Vivía sola en una roca diminuta donde el viento
cortaba y la hierba crecía de lado.

Las únicas visitas que recibía eran los pájaros que iban
y venían impulsados por la brisa.



Noé no sabía qué pensar de su abuela.

Preparaba sopa con algas hervidas
y tenía los dientes guardados en un bote.



Por la noche tenían que
compartir cama, uno en cada extremo.

Las mantas picaban y la abuela roncaba como una vieja morsa.

Durante el día, la abuela parecía siempre muy ocupada en una cosa...



o en otra...



y nunca tenía tiempo para jugar.



Así que una mañana, cuando la marea estaba baja,
Noé se fue sin hacer ruido.

Saltó de roca en roca
y pisó la arena húmeda.



Entró y salió de los charcos que se
formaban entre las rocas.



Entonces avistó algo reluciente
al otro lado de la arena.

Era una roca grande llena de agujeros. Noé entraba y salía constantemente, y daba saltos a su alrededor.

Era un castillo, un gran velero, la cueva de un contrabandista.
Era el lomo cubierto de percebes de una anciana ballena.

Fuera, el cielo dibujaba espirales grises y negras.
Se preparaba una tormenta.

